

*Los Remedia amoris de Ovidio en la visión crítica del P. Feijoo**

Vicente CRISTÓBAL

RESUMEN

El discurso del P. Feijoo titulado «Remedios del amor», inserto en su *Teatro crítico universal*, parte de los preceptos ovidianos de *Remedia amoris*, aunque ejerce sobre ellos —sin tener en cuenta el carácter poético y retórico de la obra— una aguda crítica racionalista.

SUMMARY

Feijoo's discourse entitled «Remedios del amor», inserted in his *Teatro crítico universal* depart from the ovidians precepts of *Remedia amoris*, though it exerts on them —without considering the poetic and rethoric character of the work— a sharp rationalist criticism.

El discurso que cierra el tomo VII del *Teatro crítico universal* del padre Feijoo presenta el título de «Remedios de amor», especialmente llamativo por cuanto que repite el de la conocida obra de Ovidio; más llamativo resulta aún, y como invitando al cotejo con el texto antiguo, por el hecho de suceder a un discurso que versa sobre «Causas del amor», pues esa bipolaridad de objetivos en torno a un mismo tema no parece ajena, en principio, al doblete ovidiano *Ars amatoria-Remedia amoris*. Sin embargo, el contenido de «Causas del amor» está bien lejos de la materia del *Ars*, mientras que, al revés, en «Remedios del amor» se toma a Ovidio y a su doctrina sobre la cuestión como objeto central de un examen crítico. Es esa recurrencia y valoración de los *Remedia* la que a su vez será examinada en las páginas que siguen.

* Este trabajo ha sido realizado en el marco del proyecto de investigación «Ovidio: *Opera Amatoria*» (PS 89-0114).

Sobre los condicionantes histórico-culturales y literarios de la obra del docto benedictino (su afán crítico y racionalista, llevado especialmente al campo de la religión e impulsor de su lucha contra la superstición; su curiosidad enciclopédica, convertida en meta de su obra principal; su afición desmedida por la cultura gala de su momento; su carácter pionero, dentro de las letras hispánicas, en el género ensayístico; la espontaneidad y viveza de su estilo) versa una vasta bibliografía¹, que sólo de una manera indirecta roza la cuestión que aquí vamos a tratar. Más interesante para nuestro objetivo es el problema de las fuentes de la erudición literaria de Feijoo, los libros que tuvo a su alcance y fueron inspiración para su obra, asunto al que A. Hevia Ballina ha dedicado varios trabajos². Es evidente, en cualquier caso, por las citas constantes que aparecen en sus escritos —y las conclusiones del citado crítico así lo confirman—, el amplio conocimiento que tenía de la cultura clásica y de sus principales autores, a pesar de que, guiado por un exacerbado sentido práctico, manifestó su preferencia por el cultivo de las lenguas modernas, especialmente la francesa, antes que de las lenguas griega y latina (así en dos de sus *Cartas eruditas y curiosas*: las XXIII y XXIV del tomo V). No sabía griego (como confiesa en la aludida carta XXIII), y su conocimiento de las obras helénicas se basaba en traducciones latinas o francesas³. En cuanto al latín, es bien evidente que lo dominaba a la perfección⁴, y por doquier en su obra se espigan citas de los autores romanos en su lengua original. A. Hevia Ballina en su citado trabajo sobre la biblioteca clásica de Feijoo⁵ no puede ofrecer —dice— conclusiones definitivas sobre la presencia de las obras ovidianas en la librería particular que el fraile tenía en su celda, pero se inclina a suponer que así debía de ser; en cualquier caso —sigue diciendo— «todavía pudo hacersele asequible la lectura directa del de Sulmona en el ejemplar que, en dos volúmenes, poseía la Biblioteca conventual».

¹ Cf. F. Rico, *Historia y crítica de la literatura española*, t. 4: *Ilustración y Neoclasicismo*, por J. M. Caso González, Barcelona 1983: sobre Feijoo, pp. 67-115; bibliografía sobre este autor en pp. 76-81.

² «Hacia una reconstrucción de la librería particular del padre Feijoo», *Studium Ovetense*, 4 (1976), pp. 139-186; «Un nuevo acercamiento al padre Feijoo: el *Catálogo* de la librería del monasterio de San Vicente de Oviedo», *Studium Ovetense*, 8 (1980), pp. 312-320; «La biblioteca clásica del padre Feijoo», *II Simposio sobre el padre Feijoo y su siglo*, I, Cátedra Feijoo, Oviedo (1981), pp. 375-392; y por último, su contribución al t. 4 de la citada *Historia y crítica de la literatura española*, «Feijoo y sus libros», pp. 98-101. Sobre el humanismo de Feijoo, en general, y su vinculación con el mundo clásico, pueden verse los varios trabajos contenidos en el libro *Estudios sobre Feijoo y Sarmiento*, Cuad. de la Fundación Pastor 31, Madrid 1983, en especial el de J. Filgueira Valverde («Feijoo y Sarmiento ante la Antigüedad clásica», pp. 9-35) y el de L. Gil («Algo sobre el humanismo español en tiempos de Feijoo», pp. 89-104).

³ Cf. A. Hevia Ballina «La biblioteca clásica del padre Feijoo», art. cit., pp. 379-380.

⁴ Cf. A. Hevia Ballina, art. cit., p. 385.

⁵ Art. cit., p. 390.

Con respecto a la tradición literaria de los *Remedia amoris*, asunto al que queremos contribuir en estas páginas poniendo en claro su presencia en la obra del erudito fraile, ya en la Edad Media, por su aparente carácter moral y pedagógico, habían gozado de cierto favor hasta el punto de ser utilizados como texto escolar⁶. En un pasaje al menos de su *Grande e general Estoria* (parte primera, lib. XXI, cap. 16, ed. Solalinde), Alfonso X el Sabio se refiere al poema didáctico con el castizo nombre de *Sanidades del amor*, al tiempo que cita y traduce el verso 150⁷. Juan de Mena en su *Tratado del amor*, junto con toda una amplia lista de autores y obras del Renacimiento y Siglo de Oro⁸ son muestra de la presencia y uso de esta obra en la literatura patria. El nombre del antiguo vate era citado como el de una prestigiosa autoridad en la materia erótica, y sus preceptos se recordaban con acatamiento y sumisión.

El padre Feijoo, sin embargo, hijo del Siglo de las Luces, pone la razón por delante de la autoridad, y combate con argumentos bien planteados los consejos demasiado alegres y poco realistas de Ovidio, no sin dejar por ello de alabar su estilo y su arte, y de aceptar algunas veces lo que de aceptable encuentra en su exposición didáctica.

El propósito del citado discurso es el de corregir dos errores vulgares sobre la cuestión enunciada en el título: uno, el de aquéllos que juzgan el amor pasión incurable; otro, el de quienes tienen por fácil su curación. El autor del *Teatro crítico universal* sostiene —tal es la tesis de su ensayo— que la pasión amorosa es curable, pero que es de curación difícil. Al hilo de su exposición cita opiniones de distintos autores para aceptarlas o rebatirlas, y pone frecuentes ejemplos prácticos de aquello que constituye su teoría.

Ovidio es en este opúsculo el escritor más traído y llevado, más justamente considerado, por el prestigio de su obra homónima, como el principal testigo de la medicina amorosa.

Después de unos capítulos introductorios donde se plantea el asunto a debatir, ya el nº IV constituye un comentario de *Rem.* 619 y 626, hexámetro y pentámetro respectivamente que son citados juntos como si de un dístico del texto original se tratase, cuando en realidad son un dístico construido arbitrariamente por fray Benito

⁶ Cf. E. Pellegrin «Les *Remedia amoris* d'Ovide, texte scolaire médiéval», *Bibliothèque de l'École Nationale des Chartres*, 115 (1957), pp. 172 y ss. Y más recientemente, R. J. Hexter, *Ovid and Medieval Schooling. Studies in Medieval School Commentaries on Ovid's Ars Amatoria, Epistulae ex Ponto, and Epistulae Heroidum*, Munich, 1986, esp. pp. 18 y ss.

⁷ Cf. nuestra introducción a *Ovidio. Amores. Arte de amar. Sobre la cosmética del rostro femenino. Remedios contra el amor*, Madrid, 1989, pp. 144-145.

⁸ Cf. F. Vigier «Remédies à l'amour en Espagne aux XV^e. et XVI^e. siècles», *Travaux de l'Institut d'Études Hispaniques et Portugaises de l'Université de Tours*, Tours, 1979, serie «Études Hispaniques», II, pp. 151-184; cf. también nuestra citada introducción a la traducción de las obras amoratorias de Ovidio, pp. 150 y ss.

Jerónimo con versos ovidianos, pertenecientes al mismo pasaje, pero no contiguos (¿se trata de un error de memoria o de una consciente elaboración artificial?):

Manat amor tectus si non ab amante recedas.
Utile finitimis abstinuisse locis.

El comentario que hace de tales versos es de doble naturaleza. Por una parte, emite un juicio axiológico en relación al contenido de las palabras de Ovidio; por otra parte, apuntala o contrasta su propia opinión y la opinión ovidiana con textos varios de autores antiguos (Propercio, Virgilio, Apuleyo), según la práctica común del comentario de textos ya desde la Antigüedad. En lo primero, poniendo a debate su razón con la autoridad de un clásico y dejando al descubierto la sinrazón de la autoridad, se nos manifiesta como un ilustrado de su tiempo. En lo segundo, haciendo acopio de citas antiguas que autoricen o apoyen su discurso, transparenta su sólida, aunque mediata, erudición. Propercio, Virgilio y Apuleyo son recordados a propósito de los versos de Ovidio: de Propercio se citan dos dísticos (sin indicación de libro, de poema ni de versos) como ejemplo vivo de que el alejamiento del objeto amado puede ser un remedio contra el amor; Virgilio es nombrado como «gran poeta» y sirve de contrafuerte a la tesis de Feijoo, parcialmente contraria a la de Ovidio: es, a saber, que el autor español considera que el remedio cuestionado «es bonísimo en los principios del mal... mas si la pasión fuere muy fuerte, y el corazón también lo fuere, hay poco que fiar de este expediente», porque tanto el amante, como el ciervo herido de la *Eneida*, lleva la sacta mortífera allí adonde va; Apuleyo, por último, es citado a su vez en relación con Propercio, a propósito de la presunta identificación de Cintia con Hostia, a la que, sin embargo, el fraile, en un error de memoria bien perdonable, llama «Hostilia».

El consejo ovidiano es, en definitiva, tras haber sido examinado, desechado como poco práctico y escasamente viable para la mayoría: «son pocos los que pueden mudar de país por largo tiempo, y si la ausencia es corta, más enciende el amor que le apaga». Aunque, a decir verdad, en esto que parece una réplica a la doctrina de Ovidio, Feijoo está más o menos repitiendo, sin saberlo o sin acordarse, otra conseja del poeta romano en la misma obra (vv. 245-246): «si te apresuras a volver, a no ser con el espíritu afianzado, el rebelde Amor alzará contra ti sus crueles armas».

El capítulo V, muy breve, es una corrección, o más bien complemento, al consejo ovidiano de empezar la lucha contra el amor ya desde el principio (lo decía en *Rem.* 91): «El segundo [remedio] es lidiar contra la pasión a los principios. Este también es precepto de Ovidio: *Principiis obsta*. Pero no advirtió (¡grave omisión!) cómo o con qué armas se debe combatir». Y a continuación, aceptando el mandamiento del maestro amoroso y deplorando que no fuera más

completo, ofrece él su opinión y explica cuáles han de ser esas armas. Feijoo concluye este capítulo reconociendo lo siguiente: «Bueno es todo esto; pero mayor asunto emprenderemos, que es curar la pasión ya radicada. Para remediar el mal en los principios no es menester mucha medicina», conclusión que resuena como eco de otras palabras de Ovidio (*Rem.* 107-110): «Con todo, si pasaron ya los tiempos del primer auxilio y un amor veterano se asienta en el corazón que ha sometido, mayor tarea queda por hacer, pero no porque el enfermo me avise tarde, voy a dejar de atenderlo».

Un tercer remedio amoroso se expone y discute en el capítulo VI: el de ocuparse en asuntos prácticos ajenos al amor mismo. Naturalmente remite otra vez al vate de Sulmona, que se había ocupado de esta cuestión prolijamente en *Rem.* 135-212: «También es receta de Ovidio, que en orden a la cura de este mal llenó tanto el asunto, que hasta ahora nadie añadió cosa de momento a lo que él dejó escrito». Es lo común en la crítica de Feijoo partir del reconocimiento y alabanza de lo bueno, de lo razonable que encuentra en la autoridad discutida; y eso lo deja bien sentado antes de pasar a emitir sus objeciones, reproches y propuestas nuevas: «Este remedio parece ser eficacísimo... mas si se mira con atenta reflexión, se hallará defectuoso por varios capítulos». Una visión más realista del problema («Muchos, y aún los más, están constituidos en tal estado, que les es preciso continuar siempre en una misma serie de vida») le conduce a negar la utilidad de la advertencia ovidiana. En este capítulo el crítico benedictino ilustra su exposición con una serie de ejemplos históricos: Marco Antonio y Enrique el Grande son evidencia de que no por ocuparse materialmente en graves negocios se olvidaron de su arraigado amor (habría que replicar a Feijoo que tal vez ninguno de ambos se propuso olvidar ni remediar nada). Estos ejemplos históricos son un paralelo de los múltiples ejemplos míticos con que Ovidio sazona su discurso didáctico; evidentemente, en un racionalista ilustrado se imponía una sustitución de este tipo. Pero en ambos, el poeta y el crítico, y dado el carácter igualmente didascálico de sus obras, se observa esa bipolaridad, esa conjunción de teoría y ejemplos.

Cuarto remedio discutido por fray Benito Jerónimo es el de reflexionar sobre los defectos de la persona amada (cap. VII), para lo cual, como antes, remite al autor de los *Remedia*, que hablaba de este tema en vv. 291-340 (Feijoo procede a la cita —ya lo decíamos antes— sin precisar el pasaje): «Ovidio añade a este precepto la ingeniosa advertencia de procurar con estudio que esos defectos incurran frecuentemente a los ojos del amante; como si tiene malos dientes, provocarla muchas veces a risa; si es desairada en danzar, solicitarla a que dance; si tiene mala voz, que cante, etc.; finalmente, quiere que la ficción ayude algo la realidad; verbi gracia, si en el color declina algo a morena, imagínela el amante negra; pequeña, si no es muy alta; muy alta, si no es pequeña; rústica, si es sencilla; falaz, si es cortesana, etc.». Y, como antes, después de recordar la

opinión autorizada y de calificarla con cierta benevolencia («ingeniosa advertencia»), procede a su descalificación una vez considerada atentamente a la luz de la razón: «¡Oh qué bien suenan estos preceptos colocados en los versos elegantes de aquel poeta! Pero ¡oh qué desnudos de eficacia se encuentran en la práctica!»; del mismo modo más adelante: «Lo de ayudar la realidad con la ficción es una impertinencia que extraña mucho haya cabido en el claro entendimiento de Ovidio»; y así también, mezclando reconocimiento con severidad crítica, juzga los otros dos consejos ovidianos (el de hartarse de amor como remedio del mismo y el de reemplazar un objeto amoroso por otro): «Otras dos recetas da el famoso médico del amor, que no son otra cosa más que dos borrones de sus escritos».

A partir del capítulo VIII deja ya la crítica ovidiana y lanza su propuesta exponiendo el que él considera mejor remedio, que no es, ni más ni menos, que pensar en otra cosa: «se puede turbar, corregir o mitigar el movimiento que da a las fibras del cerebro la imaginación de un objeto que excita tal pasión con la imaginación de otro objeto que excite otra pasión diferente», aunque tan simple medicina la glosa con gran copia de razonamientos.

En realidad, en su posición enfrentada con Ovidio, nos parece que sucede algo que ya Juan Marichal⁹ había detectado en la obra de nuestro autor, a saber, que «Feijoo vio quijotesicamente muchos gigantes donde no los había para poder proyectar sobre el fondo de sus sombras amenazadoras la grandiosidad señorial de su figura de "desengañador de las Españas"». Porque, aunque muchos siglos de tradición clásica —ya así en la Edad Media— hayan visto en los *Remedia amoris* un propósito fundamentalmente moral y educativo, desde un punto de vista seriamente didáctico, lo cierto es que su autor era más poeta que moralista, más humorista que profesor, más artista que filósofo, y que su auténtico objetivo —según nos parece— era el de desarrollar, utilizando los instrumentos y saberes de la retórica, un tema, el del amor, con el que venía jugando y poetizando desde diversos puntos de mira: como manifestación autobiográfica (*Amores*), visto desde una óptica femenina (*Heroidas*), teorizando a su favor (*Ars amatoria*), y ya por fin, teorizando en su contra (*Remedia amoris*), como probando con los mismos recursos a deshacer el camino ya hecho. No hay, por tanto, razón para tomar sus afirmaciones con tanto rigor, asombro y credulidad, porque el tema de los *Remedia* sólo tiene sentido auténtico si se contempla en su genuino marco poético y retórico.

Con todo, he aquí una muestra curiosa de la presencia literaria del Ovidio erótico en nuestra literatura dieciochesca. Presencia de los *Remedia* en la obra didáctica de Feijoo que se me antoja como contrabalance de la recreación que, en

⁹ Cf. «El desengañador de las Españas» en el cap. sobre Feijoo en la citada *Historia y crítica de la literatura española. Ilustración y Neoclasicismo*, pp. 102-108, esp. 106.

el mismo siglo, hace Nicolás Fernández de Moratín¹⁰ del *Ars amatoria* en su *Arte de las putas*: cada uno de ellos se acoge a los aspectos de la obra ovidiana que más cuadran con su carácter y con su meta literaria; cada uno de ellos ve en Ovidio aquello que quiere ver. Pero la obra del amante de Corina era juego y poesía más que enseñanza.

¹⁰ Cf. nuestro artículo «Nicolás Fernández de Moratín, recreador del *Arte de amar*», *Dicenda*, 5, (1986), 73-87.